

La cuarta ignominia

José Hugo Fernández
Escritor y periodista
La Habana, Cuba

Como en tantos otros aspectos de nuestra realidad, hay racismo en la base de ese extendido criterio según el cual los negros son los más sobresalientes machistas en Cuba. Diferente sería afirmar que las mujeres negras cubanas sufren más que las blancas los rigores del machismo, debido a una combinación de agravantes realmente ignominiosa. A ellas el machismo les acecha por tres flancos al mismo tiempo: el más brutal, el más inicuo y el más doloroso.

Primero, han debido padecer, como todas las demás, las gravitaciones de una cultura patriarcal que en Cuba, por su herencia histórica y por las características de su desarrollo económico-social, fueron y son tan avasalladoras como difíciles de solventar cabalmente. Segundo, a diferencia de sus compatriotas blancas, padecen las secuelas del legado —diabólico y salvaje— con que la esclavitud recrudeció esa cultura patriarcal de origen. Tercero, debieron y deben enfrentar la dolorosa condición de víctimas de otras víctimas, sus hombres, condenados a vivir debatiéndose entre las circunstancias del estatus propio como discriminados, por ser negros, y los efectos paradójicos que les conducen a ser, a la vez, discriminadores con sus mujeres.

Son hechos que han permanecido siempre ahí delante, a un palmo de nuestras narices, pero sobre los cuales suele hablarse poco,

o menos de lo preciso. Y mucho menos todavía durante los últimos decenios. Debe ser, entre otras razones, porque el análisis del machismo entre los negros cubanos de la actualidad adolece del mismo vacío historiográfico que el tema del racismo en general.

Se trata de un asunto que está pidiendo a gritos la atención de historiadores y entendidos en otras disciplinas complementarias, algunos de los cuales, por fortuna, empiezan ya a enfocarlo con la debida consecuencia, es decir: desmarcándose de los esquemas, los dogmas y las ingenuas rigideces de carácter ideológico que vinieron mediatizando su labor durante casi medio siglo.

Quede entonces enunciada la urgencia con que este tema demanda el escudriño de los analistas cubanos de nuestros días, junto a la esperanza de ver muy pronto plasmado en blanco y negro el resultado de sus nuevos enfoques.

De momento, bastará con unas pocas líneas para esbozar, al vuelo, una arista de esa problemática, algo que verdaderamente apura por su elevada dosis de injusticia y por su repercusión contaminante, a saber: la falsa creencia, los juicios tergiversadores, cada vez más extendidos, por lo menos dentro de la Isla, que endilgan a los negros el vergonzante crédito de ser no sólo los mayores machistas entre los cubanos, sino también los más abusadores con las mujeres.

La verdad es que las clases hegemónicas (de blancos, claro) no son las únicas culpables del machismo entre los negros de la Isla, pero son culpables de sus peores desenfrenos y de sus gravámenes en perpetuidad. Por no hablar de la culpa que les toca por el engendramiento de este bulo (sin pruebas que lo sustenten ni datos científicos que respalden al menos la especulación), según el cual los cubanos negros son más recalcitrantes y más violentos machistas que los blancos.

El más brutal

Ni las leyendas bíblicas ni la idiosincrasia de los antiguos griegos, bases indiscutibles de la cultura occidental, se originaron en África. Y tanto en unas como en la otra campea el machismo con su prepotencia contumaz. Es un lugar común recordarlo, pero viene al caso porque quienes presentan hoy al negro de Cuba como súmmum de nuestro machismo suelen incurrir en el desliz de achacar la causa a sus ancestros africanos. No fue sino durante uno de los acontecimientos sociales, políticos y económicos más trascendentales y citados en la historia de Occidente, la Revolución Francesa, cuando las feministas, sólo por serlo, eran conducidas al cadalso bajo la imputación de transgresoras de las leyes de la naturaleza. Y no es que en África no haya acunado el androcentrismo, como en cualquier otro sitio del planeta (aunque tal vez no tan generalizadamente como en otros), pero soslayar la sobrecarga decisiva de la herencia europea en nuestros rezagos machistas, incluso en sus peores manifestaciones, denota una visión muy sesgada o muy malévola.

Sin ir más lejos, bastaría con citar a Carlos Marx, cuyas sentencias y preceptos han formado parte del cotidiano de vida en Cuba durante los últimos decenios, para

dejar definitivamente disuelta cualquier duda: «Las ideas dominantes son las ideas de la clase dominante»¹, dejó escrito, y dadas las circunstancias esa frase alcanza por sí sola para atajar a los infladores del mito de que los más agrios frutos del comportamiento machista nos llegaron desde África.

En consecuencia, vale preguntarse: ¿cómo pueden sobrevivir y aun prosperar infundios tales cuando se contraponen a la ideología imperante, en un entorno en que todo está regido por esa ideología?. ¿Será que los formadores de opinión y los garantes de la unilateralidad de pensamiento entre nuestras masas no conocen esta acusación, tan propagada como injusta, que afecta a los negros? Imposible sería aceptar que, conociéndola, no hayan sido capaces de ubicar sus condicionantes racistas. Y de ser así, ¿cómo se explica entonces que ni los ideólogos ni los historiadores ni los analistas sociales hayan demostrado su interés por deshacer el mito? La única respuesta congruente es que este tema, al igual que otros muchos, ha permanecido en el limbo de lo intocable, porque tratarlo implica contrariar la corriente oficial que se resiste (o se resistió durante cinco décadas) a hurgar públicamente en las diferencias históricas y socio-económicas que aún hoy gravitan entre blancos y negros de la Isla.

Si todos los asuntos se abordan oficialmente desde la perspectiva de lo cubano, sin entrar en especificidades en cuanto a la composición social de nuestro pueblo (lo que no tendría por qué distanciarnos, en absoluto, sino al contrario, pero cuyo aireamiento nunca fue beneficioso para las directivas del gobierno), entonces puede entenderse por qué no ha sido suficientemente debatida esa falsedad de que los negros de aquí representan el colmo del machismo.

Hasta las propias feministas cubanas frecuentemente olvidan o pasan por alto el

imperativo de incluir entre sus observaciones (con énfasis bien diferenciado, que es como debe hacerse) que las mujeres negras acusan desventajas aun dentro de las propias filas del feminismo, toda vez que, encima de la triple ignominia que antes citamos, deben soportar otra, una cuarta ignominia, que les afecta a ellas y a los hombres de su grupo socio-racial: el enrarecimiento de las causas del drama, al ser proyectado desde una perspectiva racista que, además de dificultar el análisis, complica las soluciones.

El más inicuo

Tal vez se puedan contar por cientos de miles los cubanos que hoy piensan que los negros son los campeones del machismo en la Isla. Esa tacha suele ser uno de los argumentos utilizados por familias blancas a la hora de aleccionar a sus hijas sobre la inconveniencia de que establezcan relaciones amorosas con hombres negros. Sobre todo hay tres aspectos que, según ellos, tipifican el comportamiento, digamos aberrante, de los machistas descendientes de esclavos: a) no son buenos maridos, por su tendencia (dicen que innata) a la promiscuidad sexual y por su abierto desapego a la estabilidad del matrimonio; b) no son buenos padres, por los mismos motivos; c) acostumbran ser groseros y violentos en el trato con sus parejas, a las cuales faltan el respeto e incluso golpean públicamente.

Por supuesto que tales inculpaciones no están respaldadas por datos estadísticos o por ningún otro resultado de estudios sociológicos. En el mejor de los casos forman parte del imaginario popular. Lo rotundamente cierto y comprobable a tiro de vista (por más que tampoco abundan los exámenes especializados al respecto) es que esas miserias de lesa machismo que suelen ser acredita-

das a los negros están presentes hoy entre los hombres de Cuba, en general, y sobreviven y se propagan en medio de conceptualizaciones retóricas que no han conseguido sino agudizar el conflicto de la discriminación, queriendo ocultarlo bajo una capa de ingenua o falsa y escurridiza idealización.

Asimismo es comprobable (y aun corrientemente aceptado por todo el que frecuenta *a profundis* sus sitios y modos de vida) que los negros cubanos constituyen hoy ejemplo de apego familiar y de solidaridad dentro de su clase y de su grupo socio-racial, a pesar de la drástica situación de crisis de valores que ha venido sufriendo nuestra sociedad en los últimos decenios. Sin embargo, no es ocioso recordar que algunos de los agravantes que ahora les achacan quienes especulan en torno a su mala fama como machistas, alinean entre las peores prácticas que la esclavitud impuso a sus antepasados.

Se sabe (ya que en esto sí han abundado los historiadores) que el matrimonio como institución de base familiar no estaba al alcance de los esclavos, así como que a ellos tampoco les era posible tener hijos legitimados por la ley. Y mejor aún es conocido el tratamiento que recibían las mujeres negras, en tanto simples objetos de uso y de placer, sin que mediasen normas de respeto o de consideración ni el menor miramiento por parte del varón, quien se limitaba a obtener lo que deseaba de ellas sin compromisos y regularmente a través de la fuerza bruta.

Justo al referirse a la lucha liberadora que debieron desarrollar estas mujeres, ya en pleno siglo XX, la historiadora cubana María del Carmen Barcia puntualiza: «Doblemente desestimadas, las mujeres negras y mestizas arrastraban un pasado de uniones consensuales, hijos ilegítimos, y marginación social y cultural, que estaban decididas a redimir a toda costa. A la disci-

minación racial, de fuerte raíz esclavista, que se manifestaba en tratamientos diferentes a partir del color de la piel, se sumaba, en el caso de las mujeres, la relativa al sexo. La mulata cubana —el término, según algunos contemporáneos, tenía un origen peyorativo, al derivarse del carácter híbrido de la mula, hija del asno y la yegua—, era producto del cruce entre el hombre blanco y la mujer negra. Esta se inclinaba a la estirpe paterna, y tendía a blanquear en las sucesivas generaciones»².

Así, pues, además de ser un signo de ignorancia histórica y de hipócrita pillería, esa recriminación que actualmente recae sobre los negros como los peores machistas de nuestra sociedad (debido, dicen, a la herencia de sus predecesores africanos) representa una injusticia que no encuentra apoyo más que en las rémoras del prejuicio racial que todavía condiciona nuestro pensamiento. Y lo mismo se podría añadir sobre el Sambenito de machistas violentos con que son tachados, reparo que no es sino una mera deriva de otros más abarcadores: escandalosos, maleantes, transgresores de normas, broncos, carne de presidio, que les endosó indiscriminadamente la retrogradación racista.

Así como la discriminación racial no es un problema que atañe sólo a los discriminados, sino también (y aún más, ya que moralmente) a los discriminadores, y la discriminación de sexo o de género no atañe sólo a las mujeres, la mezcla de ambos flagelos con potenciación entrecruzada de sus efectos debe comprometer a todos los estratos y a todas las instancias sociales, culturales y políticas, en tanto constituye un atentado contra los fundamentos de nuestra identidad. Por eso es extraño que hoy continúe dándose silvestre, sin la desavenencia pública de quienes tienen el poder y los medios para encararla.

El más doloroso

Se cuenta que a resultas de la revolución industrial en Inglaterra durante la segunda mitad del siglo XVIII, las mujeres consiguieron al fin imponer el derecho a traspasar las cuatro paredes del hogar para ir demostrando su talento y su empuje como trabajadoras en la industria y otras áreas públicas. Sin embargo, aquello que en principio les pareció (porque de hecho lo era) una gran conquista en materia de independencia y de autorrealización, muy pronto se volvería contra ellas, al verse obligadas a trabajar más de 12 horas en la calle, por un salario muy inferior al de los hombres y sin poder aliviarse la carga de las tareas que desarrollaban antes en la casa.

Por algún ángulo esta historia nos retrotrae a lo sucedido en Cuba últimamente. Es incuestionable (al menos en el orden cuantitativo) el avance que ha representado para la lucha emancipadora de nuestras mujeres el grueso número de regulaciones, disposiciones y leyes dictadas por el gobierno en las últimas décadas. Pero en la práctica no se nota una correspondencia medianamente justa entre el objetivo y sus productos. Luego de cincuenta años, las cubanas continúan siendo víctimas de la función, la presión, la objeción y la opresión patriarcal, tanto en el plano íntimo y doméstico como en la esfera pública. Es un tema sobre el que lamentablemente no podemos detenernos y es tratado con abundancia por los especialistas, aun cuando su examen se vea lastrado con demasiada frecuencia por las mismas rigideces de naturaleza ideológica que mencionamos atrás. Por ejemplo, si todavía hoy es fácilmente visible la discriminación de género, a contrapelo de la ley y aún por encima del discurso y las políticas oficiales, no se debe únicamente (como suele decirse, incluso por parte de algunas feministas) a que las claves

de nuestro pasado androcentrista lograron imponer su fuerza, por sí solas, sobre las estructuras judiciales y los proyectos sociales con perfiles opuestos a la discriminación de la mujer. También pesa el hecho de que sobre la objetividad de esas estructuras sociales ha imperado la subjetividad de las estructuras mentales, empezando por las de las propias personas que diseñaron los tales proyectos y que debían sistematizar su materialización desde la esencia.

De cualquier forma, el motivo de nuestra atención es el daño que han estado ocasionando los sedimentos de la herencia racista dentro de este fenómeno. Al igual que los prejuicios de género, los raciales han sido reprobados oficialmente en Cuba durante los últimos tiempos. También este rechazo recibió el respaldo de leyes, disposiciones y discursos, pero, como en el otro caso, la subjetividad de las estructuras mentales minó los pilotes de las estructuras sociales. Y las consecuencias (como se ha visto) pesan de modo abrumador sobre las mujeres negras, víctimas de una triple ignominia, cuyo extremo más doloroso radica en el contrasentido de verse discriminadas por los hombres de su grupo socio-racial, sujetos a la vez a discriminación por el color de su piel. Si aquello que más identifica

a los seres humanos es, al mismo tiempo, causa de sus alejamientos y de sus mutuas renuencias, entonces no hay duda de que el mal (llamado prejuicio para la ocasión) amenaza con ganar la partida, abriendo brechas en la identidad y en la integridad psicológica para convertir los asuntos del alma en sus rehenes. Así que requiere un contraataque a fondo y sin demora.

Desde luego que, como casi siempre sucede, los sufrientes directos de la tragedia son los que menos preparados están para enfrentarla. Es otra de las consecuencias que deben pagar: matarlas callando, como suele afirmarse en el argot del pueblo, mientras esperan por los buenos auspicios de líderes de opinión, sesudos, ideólogos, mentores y adalides que al parecer no la sienten ni padecen.

Notas:

1- Marx, Karl: *La ideología Alemana* (Montevideo [Uruguay], Edición Pueblos Unidos, 1959: 48).

2- Barcia, María del Carmen: *Mujeres al margen de la historia* (La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 2009: 120 s).